

posa; le pido para mí y para vosotras su proteccion, y una noche, cuando todos reposen, nos lanzamos al agua, corremos presurosas á la orilla, nos amparamos bajo la proteccion de Guacanajari, inculcamos en el pecho de todos sus guerreros odio eterno contra nuestros opresores, luchan con ellos, los vencen y nosotras somos libres.

Las indias acogieron con entusiasmo aquel proyecto.

Catalina no se habia equivocado.

Al dia siguiente volvió Guacanajari á bordo y preguntó á Colon por Catalina.

El almirante conoció desde luego que el rey se habia prendado de su hermosura.

¿Qué más podia desear?

Aquella india le estaba sumamente agradecida: así al ménos lo demostraba.

Dominado su corazon, le aconsejaria siempre benevolencia para con ellos.

Catalina fué llamada por el almirante, y Guacanajari y Flor de Palma pudieron hablar á solas.

—Tú serás reina de mi reino, repitió Guacanajari despues de haber oido de sus labios que anhelaba su amor, porque su amor era la libertad.

Para excitarle á que la ayudara en su empresa, contó Catalina horrores de los españoles.

Díjole, entre otras cosas, que el almirante mismo habia querido ser dueño de su hermosura, que el ánimo de aquellos hombres que llegaban en las embarcaciones no era otro que el de apoderarse de Haití, para esclavizar á sus moradores.

Estas palabras produjeron una inmensa tristeza en el ánimo de Guacanajari.

No era la primera vez que las escuchaba.

El butio Ainaibac las habia pronunciado al volver de la visita que con él habia hecho á la escuadra española.

CAPITULO XLVIII.

La paz entre los indios.

Rey de Haití, dijo Ainaibac á su soberano cuando, despues de regresar de la visita á la escuadra de Colon, se despidió de su séquito y quedó á solas con su butio; rey de Haití, voy á turbar la felicidad que hay en tu pecho, pero Vagoniana al darme la penetracion que tengo para leer en los ojos de los demas los sentimientos de su alma, me ha impuesto el deber de ser leal con mi soberano.

Tú amas á los españoles porque crees que son enviados del cielo; has visto en los regalos que te han hecho, en los agasajos con que te han colmado pruebas de su amistad; has creido que el único objeto de su venida es defendernos de nuestros enemigos.

Aleja para siempre esas creencias: yo he leido en las miradas de los extranjeros la ambicion de someternos y dominarnos.

Se presenta á tí como amigo leal para tenderte el lazo con más seguridad.

No, no es protegerte de nuestros enemigos; no es vengarte de Caonabo y de los caciques que se han rebelado contra tí; no es el deseo de apagar la tea de la discordia que arde en tu patria el que les anima. Sedientos de oro, quieren por medio de un simulado afecto apoderarse de tí para poner en tu cuello la cadena del esclavo, para convertir á tus súbditos en siervos.

Tú no puedes consentir la esclavitud, tú no puedes arrojar à nuestros piés la corona.

—No, Ainaibac, exclamó Guacanajari, el celo te engaña. Los extranjeros son leales y ademas son fuertes, son ademas generosos porque me han perdonado; yo empené mi palabra de que velaria por sus hermanos; yo les aseguré que vivirian en paz bajo mi proteccion y, sin embargo, no he podido ofrecerles más que sus cadáveres y un monton de escombros.

Han podido fulminar el rayo contra mí; han podido difundir la desolacion y el espanto en mi reino; han sido buenos, me han perdonado, me han tendido sus brazos, son nuestros amigos.

—La bondad de tu alma es mala consejera, añadió Ainaibac, consulta al Tzimes y él te inspirará; pasa toda la noche en oracion, quema el aloé santo para aplacar su enojo, y piensa que no soy yo el solo, sino todos cuantos te hemos acompañado, los que estamos seguros de que tu condescendencia, tu lealtad para con los extranjeros fabrica poco á poco las cadenas de nuestra esclavitud.

Las palabras del butio produjeron una inmensa emocion en el ánimo de Guacanajari.

Nuevas dudas alteraron la tranquilidad de su alma.

Mezclaba con ellas la pasion que le habia inspirado Flor de Palma, y ansiaba por momentos, tanto para llevar á su lado aquella mujer como para saber por ella cuáles eran los intentos de los extranjeros, volver á bordo de la *Marigolante* á conversar con ellos.

Fué, en efecto, como hemos visto, al dia siguiente, y Catalina, cuyo plan conocemos, confirmó las sospechas que habia despertado en su alma Ainaibac, exajeró la codicia de los extranjeros, y obtuvo de él la palabra formal de que la acogeria, como á sus compañeras, bajo su proteccion.

Aquel dia Guacanajari, al acercarse á Colon, no estrechó su mano con tanto cariño como otras veces.

Dudaba de él, y la duda habia alejado de su corazon la sinceridad.

Aquella misma noche consultó al Tzimes.

Quemó en el ara el aloé perfumador, y permaneció en oracion largo tiempo aguardando la inspiracion que debia resolverle á declararse enemigo ó á confirmar su amistad con los extranjeros.

Era la media noche.

Una fresca brisa mecia las ramas de los árboles que poblaban la isla.

La luna, suspendida en el cielo, derramaba sus plateados rayos sobre las ondas del mar y penetraba á través de las hojas del árbol bajo cuyas ramas se cobijaba el ídolo.

De pronto resonó en el oido de Guacanajari una voz que habia escuchado pocos dias ántes.

Era Inima, la hermana de Ainaima.

—Guacanajari, exclamó, vengo á verte por la última vez. La fiebre me consumé; la hora de mi muerte se acerca; el sepulcro que ha de guardar etenarmente mis despojos se abre; pero ántes de morir quiere Vagoniana que yo lea en el porvenir, y que pueda darte un consejo y un aviso.

Has sido débil, y tu debilidad necesita castigo.

El castigo son esos extranjeros á quienes amas.

Por amor á uno de sus ídolos has asesinado á tu esposa: yo fuí quien le arrebató de tus manos, y hecho pedazos le arrojé à las arenas de la playa, para que el huracan le lleve en su carrera á hundirle en los abismos del mar.

—¿Tú, Inima?

—Yo, sí; y hoy vengo à descubrir ante tus ojos el porvenir que te aguarda. Los extranjeros que se han apoderado

de tu espíritu no tardarán en poner en tu cuello la argolla de la esclavitud; se apoderarán de tus dominios; saquearán tus tesoros; harán que tus vasallos sean sus siervos; profanarán sus hogares; convertirán en sus mancebas á las libres é independientes haitianas, y tú, bajo la maldición de tus antepasados, morirás en el abandono, despreciado por tus amigos, escarnecido por tus súbditos, maldecido por Vagoniana.

—¡Oh no, no, Inima; eso no puede ser!

—Y, sin embargo, sucederá. Contempla el Tzimes. ¿No ves cómo sus ojos se animan y brilla en ellos un resplandor siniestro?

Guacanajari fijó sus ojos en el Tzimes, y los apartó de él inmediatamente con horror.

Inima avanzó algunos pasos hácia Guacanajari.

—Adios para siempre, le dijo.

Y tendió su mano sobre la triste frente de Guacanajari. Un frío glacial circuló por las venas del monarca de Haití. La mano de la india parecía de mármol.

—Aún puedes salvarte, añadió Inima, aún puedes salvar á tu pueblo. Caonabo, arrepentido de haber roto las hostilidades contigo, desea de nuevo tu alianza.

Quiere volver á verte como en aquellos tiempos en que tu flecha atravesaba el espacio en raudo vuelo.

Sé su amigo; únete con él para luchar contra los extranjeros, y aún podrás dar días de gloria á tu desgraciada patria.

Inima no habló más.

Con incierto paso se apartó del lugar sagrado, y al día siguiente anunciaron á Guacanajari que la hermana de Ainai-ma habia muerto.

No habia duda, sus presentimientos eran ciertos.

Habia leído en el porvenir.

Todo gritaba en torno suyo guerra á los extranjeros.

Guarionex con algunos indios del Cibao, llegó al palacio de Guacanajari.

—Vengo en nombre del cacique de Maguana à ofrecerte paz y amistad. Ya has peleado como bueno con nosotros para cumplir un juramento que habias hecho; pero ya habrás tenido ocasion de convencerte de que tus amigos son nuestra perdición, que no quieren más que nuestra ruina, y es necesario que nos unamos todos para contrarestarlos. Todos los caciques, tus enemigos, te brindan la paz.

—Yo la acepto, exclamó Guacanajari, impresionado aún por las palabras de Inima, por la mirada siniestra del Tzimes, por los consejos de Ainaibac, por las palabras de Catalina; yo la acepto con todo mi corazón, y si ha llegado la hora de mi muerte, si he de sucumbir por el bien de mis vasallos, pronto estoy à derramar mi última gota de sangre.

Corred, velad, decid á Caonabo cuáles son mis deseos; si me viera obligado á abandonar mi reino de Marien, iria á buscar refugio á vuestro lado, y al lado vuestro lucharía para vengarme de los que, presentándose á mí como buenos amigos, solo aspiran á exterminarme.

El cambio que se habia operado en Guacanajari, debia aumentar las complicaciones que aguardaban à los españoles en aquellos apartados dominios.

Ocho veces salió el sol y otras tantas hundió su frente en el ocaso.

En todo este tiempo no vió Colon á Guacanajari, y observó que los indios apenas aparecian en la playa.

El silencio sepulcral que reinaba en la costa, ponía en cuidado al almirante.

Unos marineros que fueron á proveerse de agua en un manantial, presentaron á Colon los fragmentos de la imagen que Guacanajari habia robado de la fortaleza con el auxilio de

Alonso Velez, que Inima le habia arrebatado á su vez y habia convertido en pedazos.

Todos estos indicios, y por otra parte los incesantes consejos del padre Boil y la ansiedad de pelear que sentian los capitanes que acompañaban á Colon, le hacian vivir en una perplegidad inmensa.

A su lado, sin que nadie se apercibiese, dos corazones sufrían horriblemente.

Américo Vespucio no olvidaba á Esperanza.

Isabel Monteágudo fijaba á todas horas la vista en aquel papel que habia encontrado; adivinaba la traicion de su esposo; confiaba en verle, y la sed de venganza devoraba su espíritu.

—Mañana, dijo al fin Colon á los capitanes, iremos á la isla; hablaremos con Guacanajari; exploraremos sus intenciones, y so pretexto de defenderle de sus enemigos, emprendemos la conquista del Cibao por de pronto.

Esto animó un tanto el desaliento de los navegantes.

Pero aquella noche ocurrió un incidente que despejó para todos la situacion.

CAPITULO XLIX.

Astucia y resolucion.



ANTES de referir el acontecimiento á que he aludido en el capítulo anterior, vamos à ver los preparativos que habia hecho Catalina para llevar á cabo con buen éxito su empresa.

Haciendo suya la causa de Guacanajari, comprendió con su natural penetracion que necesitaba á toda costa separar al almirante del jóven indio que le servia de intérprete.

Catalina pensó desde luego que le seria muy fácil separar al indio de su amo, llevársele consigo, sin perjuicio de entregarle más tarde á la venganza de Guacanajari.

Pero Catalina, con su sagacidad, más propia de una mujer civilizada que de una mujer salvaje, comprendió que para separar al indio Diego de su protector necesitaba ántes impulsarle á cometer un crimen.

Ojeda habia fijado sus ojos más de una vez en Catalina durante la travesía, y ella habia comprendido que habia incendiado su pecho con una mirada.

Pero Ojeda se habia jurado ne amar nunca; y aunque se engañaba á sí propio, hacia todo lo posible por huir de Catalina, seguro como estaba de que aquella mujer tenia en sus ojos un poder irresistible, una fascinacion capaz de arrastrarle á faltar á la promesa que se habia hecho.

Convenia al plan de Catalina aumentar la llama que habia